



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 13

10.01.2021

DOMINGO BAUTISMO DEL SEÑOR

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro de Isaías (Is 42, 1-4. 6-7).
Salmo Responsorial	Salmo 28 (Sal 28, 1a y 2. 3ac-4. 3b y 9b-10).
2ª Lectura	De los Hechos de los Apóstoles (Hch 10, 34-38).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO^① SEGÚN SAN MARCOS (Mc1, 7-11):

En aquel tiempo, proclamaba Juan:

«Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no merezco agacharme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo».

Y sucedió que por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán.

Apenas salió del agua, vio rasgarse los cielos y al Espíritu que bajaba hacia él como una paloma. Se oyó una voz desde los cielos:

«Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco».

^①.- Los textos del Evangelio están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:



Y proclamaba: **«Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no merezco agacharme para desatarle la correa de sus sandalias.»**

Juan, nos muestra un hombre humilde y que aclara quién es para que no le tengan por lo que no es. Hace falta mucha valentía y sobre todo auténtica humildad para actuar como él lo hace. Como decía Santa Teresa de Jesús, ser humilde es amar la verdad.

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración:

4.- La Oración de los Justos

Audiencia General, miércoles 27 de mayo de 2020.

Hoy vamos a hablar de la oración de los justos.

El plan de Dios para la humanidad es bueno, pero en nuestra vida diaria experimentamos la presencia del mal: es una experiencia diaria. Los primeros capítulos del Libro del Génesis describen la expansión progresiva del pecado en las vicencias humanas. Adán y Eva dudan de las intenciones benévolas de Dios, pensando que se trate de una deidad envidiosa que impide su felicidad. Su corazón, cediendo a la tentación del Maligno, es presa de delirios de omnipotencia: esta es la ambición que penetra en el corazón. Pero la experiencia va en la dirección opuesta: sus ojos se abren y descubren que están desnudos: el tentador es un mal pagador.

El mal se vuelve aún más arrollador con la segunda generación humana: la historia de Caín y Abel. Caín tiene envidia de su hermano; aunque es el primogénito, ve a Abel como un rival que amenaza su primacía. El mal se asoma a su corazón y Caín es incapaz de dominarlo. El mal empieza a penetrar en el corazón: los pensamientos son siempre los de mirar mal al otro, con sospecha. Y este pensamiento se va abriendo paso en el corazón. Y así la historia de la primera fraternidad termina con un asesinato.

En la descendencia de Caín se desarrollan los oficios y las artes, pero también se desarrolla la violencia, expresada en el siniestro cántico de Lamec, que suena como un himno de venganza: «Yo maté a un hombre por una herida que me hizo y a un muchacho por un cardenal que recibí. Si de Caín hay que vengarse siete veces, de Lamec habrá que hacerlo setenta y siete» (Gn 4,23-24). Así es la venganza: 'Lo has hecho y ¡vas a pagarlo!'

Y, sin embargo, en estas primeras páginas de la Biblia, también está escrita otra historia, menos llamativa, mucho más humilde y devota, que representa el rescate de la esperanza humana: «En aquel tiempo comenzaron a invocar el nombre del Señor...»



La oración es el dique, el refugio del hombre ante la oleada de maldad que crece en el mundo.

Rezamos para ser salvados de nosotros mismos. Es importante rezar: “Señor, por favor, sálvame de mí mismo, de mis ambiciones, de mis pasiones”.

Se lee en el Catecismo: «Este carácter de la oración ha sido vivido en todas las religiones, por una muchedumbre de hombres piadosos». La oración cultiva prados de renacimiento en lugares donde el odio del hombre solo ha sido capaz de ensanchar el desierto. Y la oración es poderosa, porque atrae el poder de Dios y el poder de Dios da siempre vida; siempre.

Recuerdo la historia de un hombre: un jefe de gobierno, importante, no de esta época, del pasado. Un ateo que no tenía sentido religioso en su corazón, pero de niño escuchaba a su abuela rezar, y eso permaneció en su corazón. Y en un momento difícil de su vida, ese recuerdo volvió a su corazón y dijo: “Pero la abuela rezaba...”. Así que empezó a rezar con las fórmulas de su abuela y allí encontró a Jesús. La oración es una cadena de vida, siempre: muchos hombres y mujeres que rezan, siembran la vida. La oración siembra vida, la pequeña oración: por eso es tan importante enseñar a los niños a rezar.

Me duele cuando me encuentro con niños que no saben hacerse la señal de la cruz. Hay que enseñarles a hacer bien la señal de la cruz, porque es la primera oración. Es importante que los niños aprendan a rezar. Luego, a lo mejor, pueden olvidarse, tomar otro camino; pero las primeras oraciones aprendidas de niño permanecen en el corazón, porque son una semilla de vida, la semilla del diálogo con Dios.

... Porque la oración abre la puerta a Dios, transformando nuestro corazón tantas veces de piedra, en un corazón humano. Y se necesita mucha humanidad, y con la humanidad se reza bien.

IV. LA ILICITUD DE LA OBSTINACIÓN TERAPÉUTICA

¿Qué es la obstinación terapéutica?

La medicina no tiene como fin solamente curar.

La medicina es una atención a la persona enferma para conseguir que su padecimiento le suponga la menor limitación posible en su vida cotidiana. El objetivo principal de la medicina es procurar la salud, y esta consiste en poder vivir la vida humana. Pero la frecuente confusión de la salud con la integridad orgánica puede producir desenfoques en la práctica médica. Por parte de los pacientes, porque buscan a veces un ideal inexistente e imposible en sus vidas, lo que conduce a la medicalización de la sociedad actual. Y, por parte de los profesionales de la salud, formados sobre todo en el aspecto técnico de su profesión, porque pretenden curar siempre.



Esto lleva a intentar curar en momentos en los que esa curación ya no es posible, llegando a instaurar obstinadamente tratamientos que se saben ineficaces. Por eso se llama obstinación o encarnizamiento terapéutico. Esta conducta no es éticamente aceptable. El médico solo debe aplicar tratamientos indicados, es decir, que tengan posibilidades reales de mejorar la situación del paciente (no solo de curarlo). Lo que no es útil no se debe aplicar y, si ya está aplicándose y resulta fútil, no existe razón para mantenerlo debido a su ineficacia, por lo que, salvo consideraciones objetivamente justificadas, debe retirarse.

¿En qué consiste la obstinación terapéutica en el contexto de un enfermo en situación terminal?

Con la expresión «**obstinación terapéutica**» nos referimos a la actitud del médico que, ante la certeza moral que le ofrecen sus conocimientos de que los tratamientos o procedimientos de cualquier naturaleza ya no proporcionan beneficio al enfermo y solo sirven para prolongar penosamente su agonía, se obstina en continuar los procedimientos médicos, impidiendo que la naturaleza siga su curso natural. Esta actitud es consecuencia de un exceso de celo mal fundamentado, derivado del deseo de los profesionales de la salud de tratar de evitar la muerte a toda costa, sin renunciar a ningún medio, ordinario o extraordinario, proporcionado o no, aunque eso haga más penosa la situación del moribundo. En cualquier caso, la «obstinación terapéutica» no es éticamente aceptable, pues instrumentaliza a la persona subordinando su dignidad a otros fines.



LA PRIMITIVA IGLESIA (I) LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Eran gentes sencillas que ejercían una profesión modesta: pescadores del lago (Juan, Santiago, Pedro), campesinos (Simón de Cirene); algunos más instruidos: funcionarios (Mateo), «doctores», es decir expertos en Israel (Nicodemo) o médicos (Lucas). Algunos ricos (José de Arimatea), algunos pequeños propietarios (Bernabé de Chipre). Pero la mayoría eran «económicamente débiles» y surgieron del medio popular.



Antes de Pentecostés, el núcleo adicto y seguidor de Jesús eran unos 120 judíos, que le habían acompañado a Jesús en algún momento, o bien le acompañaron todo el tiempo como los Apóstoles; además algunos de ellos como José de Arimatea eran admiradores y seguidores de Jesús, pero nunca le siguieron físicamente. Este grupo es el que comenzó la Iglesia en Palestina.

Con motivo de la fiesta judía de Pentecostés, culminación de la “Fiesta de las Semanas”, estaban reunidos en Jerusalén, en una casa, María con los Apóstoles, y es muy posible que también estuvieran todos, o una parte al menos, de esos 120 seguidores de Jesús.

Había en las calles de Jerusalén muchos peregrinos originarios de muchas naciones. De pronto la multitud escucha un sonido muy fuerte y se congrega para conocer qué está pasando; pero dejemos que los **HECHOS DE LOS APÓSTOLES** nos cuenten lo que sucedió ese día de Pentecostés:

«**Al cumplirse el día de Pentecostés**, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse.

Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua.

Estaban todos estupefactos y admirados, diciendo: «¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos, elamitas y habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de la zona de Libia que limita con Cirene; hay ciudadanos romanos forasteros, tanto judíos como prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua».

Con motivo de la predicación a esos peregrinos, donde cada uno escucha en su propia lengua, se convierte y son bautizados unos 3.000 peregrinos judíos. Esos convertidos parten fervorosos. De vuelta a sus diferentes lugares de procedencia forman el núcleo de las futuras comunidades con la participación de paganos convertidos.

Se considera que ese día y en función de la conversión de ese numeroso grupo de judíos de la Diáspora, nace la Iglesia, recibiendo ese hecho el título de “**Los 3000 convertidos del primer día de la Iglesia**”